"Apuntes Diarios" que un periódico publicaba bajo el nombre de *Ester Mazelin;* y ya me era necesaria esa lectura que me revelaba todos los días una buena voluntad, un hermoso empeño que no podían ser sino de un compañero esforzado que batalla en la defensa de los humildes, de los tristes. Pero hoy no encontré lo que con tanta ansia buscaba siempre en el periódico: el manjar que traía á mi mente la fruición de lo exquisito; los escritos llenos de sinceridad y de noble intención. *Ester Mazelin* no escribió más; sus pensamientos no vinieron ya á contribuir para la felicidad de los trabajadores y para enseñarnos á ser buenos, para señalar los grandes males y para combatir el egoísmo brutal de los *dueños*, de los *predestinados*. Tuve entonces el dolor de los grandes sucesos malos, y pensé que alguno de esos pobres seres que aceptan el encargo de cumplir ajenas venganzas injustas había logrado obligar el lamentable silencio de *Ester Mazelin*.

Pero la conciencia me gritó en seguida diciéndome que nó, que eso no sería nunca; aquel carácter indomable, aquella noble rebeldía alzada siempre como una permanente protesta no silenciarán jamás sus aclamaciones sancionadoras porque un matón lo exija; no hará eso nunca, yo lo se, quien ha probado en cien ocasiones la altivez de su ánimo y la sinceridad verdadera de sus anhelos y de sus empeños.

Después recordé, porque lo sé también, las largas, las interminables fatigas del compañero que escribía los "Apuntes Diarios" de *Ester Mazelin*, y pensé que sería cruel obligar esa tarea realizada muchas veces al amanecer de los días y después del trabajo diario prolongado hasta deshoras; y sentí remordimientos por la parte de culpa que me cupiera en esa tortura que acabaría con la salud si no con la vida de quien la sufre. Y pensé, además, que á la larga esos esfuerzos que me entusiasman no alcanzan nunca otra cosa que exponer á quien los hace á la maléfica saña de la sociedad viciosa que con ellos se ofende, y á las vociferaciones estúpidas y á las publicaciones dañinamente intencionadas de los escritores de ega, de los que deso, en la conciencia obedecen sólo á los impulsos de la veniencia mezquina y que en cada dortunidad saltan queriendo confundos los noblemente esforzados.

rah! y no estaría muy largo tampo- dad día en que al director del perió- uevquél llamara á cuentas á *Maze-*

Que advertirle que tareas como la suya no le convienen á una empresa que vive precisamente de la simpatía de las gentes criticadas. Cómo iba su periódico á salirse de la línea que á los suyos le tienen marcada los colegas? y cómo iba él á dejar que le perdieran su negocio con tanto empeño sostenido por todos los medios?

Es un calvario cada intento de regeneración; y la labor de *Ester Mazelin* era una cruz llevada en dirección al calvario. El terreno que pisamos es aún muy escabroso, corretear en él mirando á lo alto, es un peligro. Por eso felicito á *Ester Mazelin* en nombre de los oprimidos de la tierra, y me complazco al reconocer en su labor á un amigo querido, á un compañero tan bueno, que lejos de dedicarse á ociosidades usa todos los medios legítimos para corregir los vicios sociales y moralizar á los que se complacen revolviendo el fango en que viven.

Soy admirador de *Ester Mazelin*.

J. E. HERNANDEZ

El Doctor Zambrana y los obreros

"El Noticiero" del viernes 15 del corriente trae un artículo del estimable jurisconsulto Don A. Zambrana, referente á la organización social del siglo XV y la de hoy, nos demuestra que son lo que nosotros llamamos vulgarmente, la misma mica con distinto rabo.

Dice el Doctor: "la sociedad entera era un conjunto, en cierto modo armónico, de las más tremendas injusticias."

"El "tercer estado", es decir, el pueblo, estaba devorado como por dos cánceres, el clero y la nobleza, y el poder Real era á la manera de un buitre que picoteaba la poca carne que escapaba de las úlceras. — Los privilegiados entre cruzados de la gente ociosa no dejaba al trabajador plebeyo más que un pedazo de pan negro y un poco de agua corrompida."

Los obreros vemos en lo anterior la fotografía, un poco desteñida, de nuestra situación actual, así como el ilustre escritor la pinta. Dice el Doctor que "hoy reina el despotismo del oro y antes el del poder real y el del feudalismo." En el actual momento legislativo de Costa Rica se ha trabajado por el hogar del obrero, por la conocida "pena condicional" (Doctor, sólo para los obreros?). Usted nos habla también de los de abajo, esto me suena mal, pero me explico, los de arriba hacen las leyes y no es posible que afilen el cuchillo para su propia garganta. Sigue el Doctor: "Debe ayudarse á los artesanos para que lleguen á poseer hogar propio, que sea limpio y atrayente y á que por medidas análogas á las de Francia, Alemania y Bélgica tengan la manera de hacer frente á las enfermedades y al desvalimiento de la vejez, así como á dejar asegurada la suerte de su viuda y sus huérfanos cuando llegue su muerte." Esto lo agradecemos, pero si no fuera una idealidad amable.— "No es necerario para que se adopten los planes que acabamos de indicar, que vengan artesanos al Congreso legislativo: su educación incompleta los hará equivocarse con facilidad aún en el manejo de sus propios intereses—no produciendo ello otra cosa que la vanidad." Doctor, las más expresivas gracias le damos los obreros y lo felicitamos por ser usted un médiun intuitivo bien desarrollado, cosa de que los filósofos antiguos carecían y no juzgaban la ignorancia como usted, pero con su saber enseñaban al que no sabía. Sin embargo llegó uno de ellos á tal extremo que dijo: Sólo sé que nada sé. A los artesanos nos parece que no es tan inmerecida la distinción de ocupar un asiento en la Cámara alguno de nuestra humilde clase; pues á diario vemos que algunos la ocupan sin ser letrados y menos artesanos. ¿Será que estamos como en los tiempos venales? Y á propósito, y el principio republicano tan cacareado por la idolatría? ¿En qué quedamos Doctor, admiramos á Aristóteles ó seguimos á nuestro Licurgo. Usted que tanto admira á Guillermo Tell, salvador de la República Suiza; Washington, el fundador de la gran República del Norte; Franklin, el que arrancó el rayo al cielo y el cetro á los tiranos; el General Prin, jefe del partido republicano español, y Juana de Arco que libertó á la Francia y que usted tanto admira y venera, y con razón; sin embargo fueron diamantes que estaban escondidos, pero que se les llegó el día de dar al mundo la esplendidez de su potentísimo brillo. ¿No habrá entre nuestra colina obrera un diamante, señor geólogo?

Creemos, Doctor, que es injusto el juicio que se ha formado en su endurecida masa encefálica.

Sigamos con el Doctor: "No queremos una sociedad nueva en que entren á ser explotadores algunos de los desheredados de hoy; esa es una reforma miserable." Aquí está el Doctor en su elemento, y con todo dere-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.